

# Pedro Barceló, doctor honoris causa de la Universitat Jaume I

## Discurs d'agraïment

---

Rector magnificus, venerabiles collegae, commilitones, gratias vobis ago, quod magnum mihi honorem tribuistis. Maximo mihi gaudio est vos tam frequentes adesse, cum in numerum doctorum adscribor. Novam universitatem meam omnibus viribus profundo ex animo adiuvere cupio. Rectori decanisque, professoribus almae matris Castellonensis "vivat, crescat, floreat" acclamem.

Me resulta grato dar las gracias en el idioma europeo más universal, y aprovecho la ocasión para recordar que hasta hace poco la enseñanza universitaria se impartía en la lengua de Cicerón. No sé, si hemos salido ganando o perdiendo al renunciar a este inconfundible signo de identidad europea, pero sobre eso ya hablaremos luego.

En primer lloc vull expressar el meu reconeixement a un grup de col·legues de la Universitat Jaume I, forjadors d'una prestigiosa comunitat científica, a la qual em sento vinculat. També vull lloar el treball de les institucions que des de fa anys donen suport a les nostres iniciatives científiques i docents: La Universitat Jaume I, la Universitat de Potsdam, la Generalitat Valenciana, el Ministeri de Ciència i Tecnologia, l'Ajuntament de Vinaròs, la Caixa Vinaròs, a totes estes institucions i personalitats que les representen, a les autoritats acadèmiques, al professorat i als alumnes de la Universitat Jaume I, alguns d'ells alumnes meus a Castelló o a Potsdam, els dirigixo les meues més cordials salutacions.

Es para mi un honor constatar la asistencia a este acto de una serie de prestigiosos colegas y entrañables amigos procedentes de todas partes de la geografía española con los que desde hace años mantengo estrechos contactos profesionales y humanos. Saludo a José María Blázquez Martínez, de la Real Academia de la Historia, nector de la historia antigua española. Doy la bienvenida a los ilustres historiadores Francisco Javier Fernández Nieto de la Universidad de Valencia, Jaime Alvar Esquerra de la Universidad Carlos III (Madrid), Liborio Hernández Guerra de la Universidad de Valladolid, Jorge Martínez Pina, de la Universidad de Málaga, Francisco Pina Polo de la Universidad de Zaragoza y José Remesal Rodríguez de la Universidad de Barcelona.

Es ist mir eine besondere Freude einige Kollegen und Freunde aus Deutschland, meiner zweiten Heimat, willkommen zu heissen. Ich fühle mich geehrt, dass sie zu diesem Festakt eigens nach Castellón angereist sind. Ihre Anwesenheit ist für mich eines der schönsten Geschenke des heutigen Tages. Ich begrüße Bernard Kroener, den Dekan der Philosophischen Fakultät der Universität Potsdam und mit ihm meiner Potsdamer Weggefährten Ingrid Heiss, Christiane Kunst und Oliver Linz. Dass Manfred Clauss, von der Universität Frankfurt und Marthe Clauss heute hier sind, erfüllt mich mit großer Freude.

Ara em toca saludar a la gent de Vinaròs que està aquí acompanyant-me i donant-me, com sempre, el suport que és habitual. Estic veen moltes cares conegudes, familiars, íntimes. Persones que s'han criat en mi, companys d'escola, amics, ja tindrè després ocasió de parlar en tots a l'acabar l'acte, em remitixo a la personalitat que representa a tot el poble. Saludant al meu amic i alcalde de Vinaròs Javier Balada Ortega saludo als vinarossencs presents aquí a la sala. Però vull fer una excepció. Vull evocar la memòria al també doctor honoris causa d'esta Universitat el nostre conciutadà Alfred Giner Sorolla, mort l'any passat. A tots los vinarossencs, als presents i als absents una abraçada fraternal.

També vull saludar i donar les gràcies a la meua família pel recolzament que em donen tots i la paciència que tenen en mi. A la meua dona Marianne, els meus fills Alex i Philipp, la meua madre Pilar i tots els meus familiars, cosines i cosins una abraçada. La última abraçada va destinada al meu germà José Francisco, qui és, com suposo, el que de més lluny ha vingut, ja que s'ha desplaçat des de Finlàndia per a poder estar avui aquí.

Y paso ya a hablar de un tema al que este otoño vamos a dedicar un congreso internacional que se desarrollará aquí en las aulas de la Universitat Jaume I y en la Sede norte de la misma Universidad, ubicada en Vinaròs, y que de alguna manera forma parte de la agenda de todos nosotros. Me refiero a Europa, las connotaciones que sugiere la evocación de este concepto, su significado, sus raíces y su futuro.

Si hubiéramos preguntado a mis abuelos qué significaba Europa para ellos, la pregunta les habría producido desconcierto. Ellos se movían en el ámbito local. Castellón ya les parecía estar muy lejos, Madrid quedaba fuera de su órbita y Europa era sinónimo del extranjero. Si alguien perteneciente a esa

generación se desplazaba a algún país europeo, cosa que raras veces sucedía, el simple hecho devenía en epopeya, en una exótica aventura digna de ser retenida en la crónica familiar. La generación de nuestros padres ya empezó a acercarse a Europa, pero a pasos lentos y en condiciones poco ventajosas. Es verdaderamente mi generación la que de forma vertiginosa se ha afianzado en el contexto europeo. Sin ir más lejos: yo mismo estoy casado con una alemana de raíces suizas, mi hermano con una finlandesa de raíces suecas, nuestros hijos hablan alemán, español, finlandés, sueco, inglés y por supuesto valenciano y esto dentro de una sola familia. Estoy seguro que en esta misma sala hay una cantidad de personas en una situación similar. Residencias dobles, multiculturalidad, multilingüismo son hoy en día algo normal y cotidiano. A la actual generación no hay que preguntarles como nos preguntaban a nosotros: ¿en qué país europeo habéis estado? La pregunta hoy en día es: ¿qué país europeo no conocéis aún?

Sin embargo, a pesar de la velocidad con la que se ha introducido la fórmula Europa en nuestras vidas, distamos mucho de tener las ideas claras, sobre su magnitud y su relevancia. A pesar que en todos los países comunitarios los medios de comunicación no cesan de incidir en el tema, de recalcar su importancia, de proferir un sinfín de declaraciones pro europeas, Europa vive un momento de crisis, de desencanto.

¿Cuáles son los motivos de que las acciones europeas se coticen tan mal en la conciencia general de los ciudadanos comunitarios? Al formular ésta pregunta, he utilizado deliberadamente los términos “acciones” y “cotización”. Pues precisamente esta fraseología es la que nos acerca a la respuesta: Nos hemos acostumbrado a acercarnos a Europa a través de parámetros económicos. Subvenciones a la agricultura, fondos de cohesión, tasas de crecimiento, aportaciones a la financiación de la comunidad, cuota de endeudamiento, casi siempre son estos conceptos, los que dominan la escena europea. Por su naturaleza, dichos parámetros contribuyen a que se prodiguen fórmulas simples y seductivas. ¿Porqué unos países pagan o reciben más o menos que otros? Parece ser que, percibimos la complejísima realidad europea a través de cifras y porcentajes. Quienes las manejan actúan como en la Antigüedad los pontífices del culto oficial. Estamos viviendo una sacralización de las estadísticas que parecen resumir de manera casi mágica la realidad del fenómeno. Éste es el motivo de las suspicacias y egoísmos, que afloran al afrontar el tema. Cada gobierno europeo se siente desfavorecido, cree que, recibe menos de lo que da e intenta defender sus intereses para sumar puntos ante su respectivo electorado. Tenemos la sensación, que nuestro continente está inmerso en una crisis permanente. Aunque exagero un poco la nota, debemos reconocer que la imagen que los medios de comunicación transmiten al respecto aparece cargada de elementos dramáticos, no pocas veces apelando a atavismos nacionalistas.

Como historiador acostumbrado a observar procesos históricos dentro de un complejo marco que encuadra factores humanos, políticos, sociales, económicos, religiosos y culturales les puedo asegurar que la tan aireada crisis de Europa no lo es tanto como parece. Al revés, nunca hemos vivido una fase de paz, de prosperidad, de desarrollo humano y social, y de bienestar generalizado como en nuestros días. El descontento que periódicamente se suscita al criticar a las instituciones europeas apela a nuestros instintos y tiene en su punto de mira sólo segmentos de la realidad. La desconfianza reinante tiene su origen en la sensación de que en la medida que fortalecemos las instituciones comunitarias perdemos competencias propias. El no de Francia y Holanda al proyecto de la Constitución europea obedece a factores internos y guarda escasa relación con la cuestión sometida a sufragio. El debate sobre la integración de Turquía tiene más que ver con un auto de fe que con la racionalidad del hecho. Basten estos ejemplos que ilustran cómo estamos evaluando procesos que abarcan un proyecto tan enorme, como es Europa, a través de cegeras nacionales o de aspectos periféricos. Es cómo si quisieramos abarcar con unos simples prismáticos la inmensidad de las galaxias y explicar al mismo tiempo su génesis.

Nuestro enfrascamiento en temas de segundo orden corre el riesgo de olvidar el núcleo del problema. Casi nunca nos cuestionamos: ¿Qué es Europa?, ¿cuáles son sus raíces?, ¿cómo se desarrolla su historia?, ¿qué conclusiones podemos sacar de su análisis?, y ante todo ¿qué podemos aprender de ello para abordar los retos del futuro? Creo que todos coincidimos en que el problema de Europa no es, si la tasa de endeudamiento interno se queda en el tres por ciento o sube medio punto, o si la normativa equis que efecta al sector industrial o agrícola debe ser prolongada o rescindida.

Los desafíos que debemos afrontar son otros y bien distintos: ¿Cuándo llegaremos a orquestar una política cultural, exterior y de defensa común que nos permita situarnos al nivel de nuestras posibilidades en el mundo actual? ¿Cómo debemos regular nuestras relaciones con las grandes potencias del mundo globalizado: América, China, India, Japón? ¿Qué respuesta debemos dar a la impugnación de nuestro sistema de valores por parte de sistemas totalitarios o fundamentalistas? ¿Qué modelo de economía, sociedad y estado de derecho debemos lograr que sirva como punto de referencia a todos los países que aspiren a equipararse con nosotros? ¿Qué aportación sustancial en el campo de la técnica y del espíritu podemos brindar al mundo de mañana?

De la respuesta que demos a estos interrogantes, dependerá el futuro del continente. Para poder darla, debemos concienciarnos previamente de nuestras raíces. Debemos saber quiénes somos y de dónde venimos, si no nunca sabremos, adonde vamos. Nuestro origen se ubica como ya he insinuado al utilizar el latín al inicio de mi intervención en la Antigüedad, concretamente en Grecia y en Roma.

¿Será pura casualidad, que sea precisamente la evocación de un conflicto entre aqueos y troyanos, es decir entre pueblos occidentales y orientales el primer hecho memorable que preludia nuestra cultura escrita? Mientras, que en los poemas homéricos aún no se utilizan parámetros distintivos, en la obra de Heródoto, el gran cronista de las guerras Médicas ya se distingue entre Oriente, simbolizado por el Imperio Persa, y, Occidente, liderado por la polis griega. La Europa que rapta Zeus, el padre de los dioses, y que luego dará el nombre a nuestro continente y a nuestra civilización, va ligada a Grecia. Nace, crece y se desarrolla allí.

Ligado a la formación de la polis aparece ya durante el siglo VIII a.C. un cúmulo de manifestaciones culturales tales como la escritura, que llega a la Hélade a través de la adaptación del alfabeto fenicio, y, a partir de ahí, la literatura, la codificación de las leyes, así como múltiples esfuerzos intelectuales encaminados a mejorar las condiciones de la vida cotidiana y dar a la vez explicaciones racionales sobre la estructura, composición y finalidad del universo. La primera teoría que pretende explicarnos los inicios de nuestra historia, el panteón politeísta griego, se la debemos a Homero. El insigne poeta nos transmite un caleidoscopio de deidades impregnadas de terrenalidad y dinamismo, cuya red de relaciones entre lo humano y lo divino oscila entre crisis y eterna armonía. Hesiodo sistematiza y jerarquiza el más allá, convirtiéndose así en el primer teólogo de nuestra cultura. A partir del siglo VI a.C. surge una crítica racionalista del Olimpo homérico en la filosofía presocrática que a partir de aquí, ya no cesará. La religión griega, abierta al diálogo intelectual y a la interacción política y social, se convertirá en un elemento identificativo de una cultura que parte del individuo y, lo define a través de proporciones semejantes a las de los dioses.

En Atenas, esta primera república cultural de nuestra común historia europea, se desata en el siglo V a.C. un auge político, artístico e intelectual sin precedentes. Los logros en la arquitectura y en las artes plásticas hacen de la Acrópolis ateniense un conjunto monumental que aún sigue cautivándonos 2.500 años después. En el mundo de las letras, aparecen autores de la talla de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Entre los sofistas Protágoras y Gorgias, sobresale la figura de Sócrates, el gran maestro de la dialéctica. Heródoto, Tucídides y Jenofonte fundan una nueva disciplina científica, la historiografía que se convertirá en la línea de transmisión del pasado al presente. Mentes privilegiadas como Platón y Aristóteles crean las bases del pensamiento universal y se erigen en el punto de referencia de toda actividad intelectual.

De la filosofía y la música, la escuela de Pitágoras juega un papel decisivo, nace la teoría política y da lugar al debate y la sistematización de las diferentes formas de gobierno. Una de ellas, la democracia, crea un precedente del que aún nos nutrimos hoy. Diálogo, compromiso, elecciones, control de las instituciones, codificación del derecho, interés público y magistraturas temporales son sólo algunos de sus logros. Digámoslo en una frase: los griegos inventan la política.

En la época helenística asistimos a la formación de disciplinas científicas, que se desglosan de la filosofía. Herófilo descubre el sistema nervioso y, se convierte en el pionero de la anatomía. Euclides es uno de los padres de la geometría. Arquímedes descubre la ley de la palanca, el peso específico y es el primero en calcular el número pi (3,14). Aristarco proclama el modelo heliocéntrico siglos antes de Galileo Galilei.

Todo este inmenso legado político, científico, cultural, económico, social y religioso será absorbido por Roma que al impregnarse de la civilización helenística no sólo actuará como plataforma de transmisión, sino que generará al mismo tiempo su propia civilización universal. A ella se remite la paternidad de la Europa actual. La aportación de Roma a la formación política, social, jurídica y religiosa de Europa tiene tanta importancia, como la tiene Grecia en la configuración de su espíritu y su alma.

Mediante la romanización y la urbanización, Roma propicia la cohesión dentro de sus territorios. La romanización, fiel reflejo de una unificación de las condiciones de vida, se fundamenta en la extensión del derecho de ciudadanía, posibilitando así la integración de las elites provinciales en el sistema de gobierno del Imperio. Movilidad y permeabilidad social y económica son sus consecuencias. A través de la progresiva urbanización de las zonas más periféricas se va extendiendo un modelo social cimentado en unos parámetros, que confieren a gran parte de la población altas cuotas de bienestar y seguridad. Progreso y modernidad son sus características más destacables. En este contexto se desarrolla la aportación romana a la cultura europea: Un sistema viario de comunicaciones sin parangón, una arquitectura pública incomparable, un derecho civil que perdurará durante siglos, un dispositivo defensivo cuyo signo predominante es la efectividad, un sistema de gobierno basado en el poder que emana de los emperadores que servirá de modelo a las posteriores formas de estatalidad, el cristianismo como soporte

de la sociedad y opción de futuro. A este cúmulo de fenómenos, realizaciones e ideas se debe la atraktividad y perduración de Roma, cuyo legado constituye uno de los soportes más sólidos del mundo europeo moderno. No olvidemos que el Imperio romano ya disponía de una moneda única dos mil años antes de la implantación del euro, ya poseía un gobierno que abarcaba y unificaba grandes partes de Europa antes de la creación de la Comisión Europea en Bruselas, en el se hablaba un idioma que todo el mundo entendía y en su casi medio milenio de duración genera un espacio económico y social homogéneo y consigue durante siglos que impere la paz dentro de sus fronteras.

Sobre este legado se edificará la Europa moderna, oscilante durante siglos entre avances, retrocesos, certidumbres, contradicciones, antagonismos y unidad. El cristianismo que se consolida definitivamente durante la Edad Media es su inicial fermento de integración, y a través de la cultura monacal, su base intelectual, sin dejar de ser por ello elemento de concordia y discordia (Guerra de los Treinta Años). En el Renacimiento aflorará la cultura clásica (Florencia) y con ella una visión antropológica novedosa. De la nueva concepción del individuo y del universo, visible a través del arte de Leonardo o de Miguel Ángel, de la nueva teología de Lutero o Calvino, de los nuevos descubrimientos (América) y avances tecnológicos (la imprenta de Gutenberg), de las nuevas concepciones de estado puestas en práctica en Inglaterra u Holanda, emana una línea que nos conducirá a la Ilustración (Enciclopedia de Diderot) abriendo así las puertas a la modernidad. La consecución de los derechos humanos, la tolerancia religiosa, el sufragio universal, la revolución industrial y tecnológica son las partes emblemáticas de esta evolución. También existen partes problemáticas: un nacionalismo irracional responsable de tantas guerras inútiles, un colonialismo desmesurado y, en su fase más reciente, un totalitarismo extremo que desembocará en el Gulag y en el Holocausto. También esta carga histórica forma parte de nuestro legado. Si bien es nuestra obligación responsabilizarnos de nuestro pasado más oscuro, también no lo es menos, retener las aportaciones más imperecederas de nuestra cultura. ¿A quién pertenecen Bach, Cervantes, Marie Curie, Dante, Kant, Rembrandt, Safo, Shakespeare, Tomás de Aquino, Velázquez, Voltaire y muchísimos personajes más que merecerían ser recordados aquí? La respuesta es bien fácil: a todos nosotros. Estos nombres simbolizan un legado cultural europeo que como un lazo invisible nos liga a todos y, nos hace recordar permanentemente que la esencia de nuestro continente va más allá, de lo que las estadísticas económicas puedan sugerir. A lo largo de su historia, Europa ha sido escenario de grandes crisis, desde luego mucho más convulsivas, de las que nos apremian actualmente. Desde el renacer de Atenas hasta hoy disponemos de un copioso listado de procesos históricos que nos permite analizar, qué soluciones se pusieron en práctica y qué equivocaciones se cometieron. Casi todo lo que sucede hoy en día, ya se produjo, sin duda de forma diferente, pero con contenidos de fondo similares, en el pasado. De nosotros depende, sacar las conclusiones pertinentes.

A esta tarea de activar las innumerables facetas de la memoria del pasado, fiel retrato de la complejidad de Europa, a la misión de fomentar una reflexión profunda sobre el sentido de nuestra historia nos dedicamos en las universidades de Castellón y Potsdam a través del grupo de investigación histórica "Potestas" del que me honro participar. A sus componentes Juan José Ferrer, Víctor Mínguez, Carles Rabassa, Inmaculada Rodríguez y Verónica Marsá quiero darles las gracias por su colaboración y amistad. Mis últimas palabras van destinadas a la Universitat Jaume I a la que desde hoy pertenezco, deseándole toda clase de éxitos, ara i sempre.

---

Informació proporcionada per: [Comissió de l'Equip de Govern](#) i [Servei de Comunicació i Publicacions](#)

Data de modificació: 05/04/2006 09:51

Data de creació: 04/04/2006 11:50